

LA AGUJA DEL NAVEGANTE

EL LECTOR EN SU INMENSIDAD

CUANDO, bajo cualquier pretexto o necesidad, se haga balance general de lo allegado por la cultura literaria contemporánea, y en ella se aloja no sólo la creación propiamente dicha sino también la cultura teórica y reflexiva, no me cabe la menor duda de que el lector, quiero decir, la categoría del lector y las reflexiones a partir de la misma sustentadas, nutrirán un tan importante como llamativo conjunto de aportaciones a dicho balance. Esto, que es algo muy conocido por especialistas y demás interesados, etc., tal vez sea ignorado por parte de los lectores de estas páginas, lectores que vienen hasta aquí como un modo de prolongar lo que sin duda es una estrecha relación personal e íntima con el universo de la literatura, buscando informaciones complementarias, confirmaciones de sus propios planteamientos, etc., sin plantearse graves cuestiones ni más preguntas que las derivadas de su propio y personal interés lector y de su acto de recepción.

A estos lectores —a ti, lector, probablemente— les interesa sobre todo el acto fundacional de su propia lectura, sin discutir aspectos textuales ni plantearse problema alguno acerca de la verdad supuestamente alojada en los textos. Estos lectores no tienen otra verdad que su lectura para sí. Pocas veces se sintieron un tercero en su relación con los textos literarios ni mucho menos tuvieron la necesidad de desaparecer, como ciertos críticos y filólogos, para dejar todo protagonismo y espacio al texto mismo y, aunque interpelados/conducidos estratégicamente por el discurso literario —sin partitura textual no hay ejecución lectora posible, como resulta lógico—, hicieron y deshicieron con el mismo, según se leal saber, entender y querer, no estableciendo diferencia entre lectura e interpretación por cuanto el texto significa para ellos, lectores, y no en sí. En este sentido, sólo cabe constatar el hecho de que el lector ha dejado de ser comprendido como un elemento pasivo del proceso de comunicación literaria para ser considerado un elemento activo de dicho proceso. Esta situación de protagonismo actual del lector, en el espacio de las prácticas sociales y en el dominio de la reflexión, y la idea de que sólo existe la obra en cuanto que es ejecutada en la lectura, etc., lo que conlleva una revaluación teórica de la misma, conduce paralelamente a la pérdida de influencia de ciertas posiciones esencialistas e inmanentistas que, muy al contrario, defienden la existencia de lo literario como una propiedad textual permanente directamente ejecutable, que emplea cierto tipo de lenguaje especial, el literario, del que es posible incluso establecer sus propias reglas gramaticales, etc. Hace tiempo que se puso en entredicho la idea de la existencia de un lenguaje literario en beneficio de la idea más cabal de la existencia de un uso literario

del lenguaje, lo que introduce un cambio de perspectiva más que notable, poniendo su acento además en los usuarios, autor/lector, y en el proceso comunicativo y sus convenciones.

Pues bien, la toma de conciencia de esta situación real por parte de algunos teóricos y, viceversa, el amplio eco que en las últimas décadas han tenido las teorías del lector, contribuyendo a que cada vez sea mayor el número de lectores que, alcanzando la mayoría de edad, por decirlo así, se desprendan de la peor herencia de la peor filología, la que alimenta la idea de la verdad permanente y única, ha permitido la apertura de un intenso debate y la posibilidad de nuevas perspectivas y el desarrollo de una mayor confianza y autosuficiencia del lector. Nunca como hasta ahora el lector había logrado tales cotas de reconocido protagonismo social y teórico. Nunca como hasta ahora había sido tanta su inmensidad.

No voy a referirme particularmente a las teorías que se han desarrollado a partir de la categoría del lector por no ser ésta la mejor ocasión ni éste el medio más adecuado. Sólo pretendía señalar con esta aguja verbal de navegación un fecundísimo rumbo de reflexión que ha afectado a las perspectivas sociológicas, a las puramente estéticas y, cómo no, a las semiótico-comunicativas. Todas ellas han contribuido, en mayor o menor medida, al debate con la vieja filología de la verdad literaria estable. Así, por ejemplo, en el dominio de la sociología, no sólo se han producido estudios estadístico-cuantitativos de la difusión y del público literario, sino también estudios del fenómeno de la lectura mediante encuestas y otros instrumentos para indagar en los rasgos y funciones de determinados sistemas ideológicos, por no decir la importante aportación al conocimiento de las condiciones sociales de la producción y recepción y el mercado de los bienes simbólicos. En el campo de la reflexión estético-literaria, fecundada por la fenomenología y la moderna hermenéutica, sobresalen los estudios de la influencia del público en la conformación de las propias obras al tener en cuenta el autor los gustos o apetencias de los receptores; así como la llamada estética de la recepción, que trata de hacer una nueva historia de la literatura en tanto que historia de las recepciones de los textos. Desde la perspectiva semiótico-comunicativa, han sido sobresalientes las aportaciones de la pragmática, es decir, de la disciplina que se ocupa de las relaciones de los signos con sus usuarios y de las convenciones presentes o ejecutables en el proceso de comunicación literaria.

Todo lo dicho señala la parte visible de un importante iceberg de reflexión y cultura literaria, el iceberg del lector y de la función lectora en su inmensidad.